

La contribución mundial a la defensa del medio ambiente para el conjunto del Planeta se simboliza en la celebración del Día Mundial del Medio Ambiente, el día 5 de junio de cada año.

La Junta de Extremadura a través de la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo y dentro del programa "Extremadura XXI. Acciones de Desarrollo Sostenible" festeja esta efemérides con diferentes actos que propicien la sensibilidad por el medio ambiente, su protección y uso ordenado.

En este contexto y con el fin de propiciar una mayor sensibilización y educación ambiental en una decidida apuesta por el futuro que constituyen los niños, este año y por primera vez, se convocó el Primer Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta" cuyos resultados hoy te invitamos a leer y contar.

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
Consejería de Cultura y Patrimonio

LA ODISEA DE LAS HORMIGAS

Andrés Carballo Expósito



ISBN 84-7671-357-6



9 788476 713570

La obra *La Odisea de las hormigas* de Andrés Carballo Expósito, obtuvo el Premio Mención Especial del I Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta", convocado por la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo. El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta, Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo, Andrés Rodríguez y Casto Iglesias como vocales.

Andrés Carballo Expósito

LA ODISEA DE LAS HORMIGAS



EDITORA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1996

En las proximidades de Trujillo los animales siempre vivieron a gusto, sin sufrir demasiado la presencia de los humanos. Había árboles suficientes para que los pájaros anidasen y descansaran de sus largos vuelos, corrían alegres regatillos de aguas transparentes y potables donde se bañaban ranas cantarinas, había extensas praderas de verde hierba donde correteaban conejos y liebres... Animales de todas clases, grandes y pequeños, silenciosos y jaraneros, pacíficos y revoltosos, todos convivían en armonía y tranquilidad.

Además, las relaciones con aquellos otros animales que vivían con los humanos eran pacíficas y de buena vecindad. Así, los esquilonos de los bueyes arrastrando lentamente las carretas por los caminos alertaban con suficiente antelación a los animales pequeños para buscar sitio seguro, las ovejas y las cabras compartían prados, hierbas y bayas silvestres con los gazapos y los jabatillos, los perros correteaban tras de los pájaros, los mismos pájaros que después de los vuelos rasantes se posaban para descansar en los espinazos de las vacas que pastaban tranquilas. No se podía decir que hubiera problemas entre ellos, entre los animales domésticos y los silvestres.

Tampoco la relación con los propios humanos generaba demasiados conflictos, pues quienes más frecuentaban las praderas eran los pastores con sus ovejas y cabras, o los segadores que cortaban hierbas y cereales, o los labradores que abrían surcos marrones en las vegas con sus arados de palo. Ninguno de ellos hacía mal a los animales silvestres, al contrario, los respetaban y cuidaban si llegaba el caso, porque sabían que todos los animales que allí vivían eran necesarios y aportaban un beneficio al lugar.

© De esta edición:

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo.
Consejería de Cultura y Patrimonio.

© Andrés Carballo Expósito.

© Ilustraciones y Dibujo Portada: Pura Martínez.

I.S.B.N.: 84-7671-357-6

Depósito Legal: BA - 397 1996

Imprime: Tajo ~ Guadiana, S.L. Artes Gráficas
Telf.: 27 46 56 - BADAJOZ

Pero las cosas fueron cambiando poco a poco conforme pasaban los años, y los animales tuvieron que alejarse de los alrededores de Trujillo buscando tranquilidad y seguridad. El pueblo fue creciendo y extendiéndose, los árboles se talaron para que no estorbaran a los edificios y fábricas que se construían en las afueras, los riachuelos se fueron secando poco a poco y los que no se secaron llevaban aguas pestilentes y oscuras, se cruzaron las praderas y las vegas con anchas carreteras siempre llenas de coches y de peligros, los amigos agricultores se marcharon de los campos, o volvieron con grandes tractores que rugían mientras aplastaban los hormigueros con sus grandes ruedas, y el aire se llenó de humos desagradables y de ruidos estridentes de sierras metálicas o de golpes de martillos contra los hierros y las chapas.

La vida de los animales cambió mucho en pocos años. Cambió a peor. Hubo que abandonar los mejores nidos, madrigueras y agujeros, buscando acomodo en otros lugares peores y más alejados, con menos agua y alimentos, rodeados de rastrojos y arbustos resecos en lugar de hierba tierna y de charcos. Incluso estos lugares inhóspitos hubo que abandonar ante las nuevas conquistas de terrenos que hacían los humanos para sus construcciones y carreteras, y entonces los caminos y los cielos se vieron llenos de pequeños emigrantes sin rumbo fijo, nómadas que a la caída de la tarde buscaban un trozo de terreno seguro y tranquilo.

La vida se hizo muy dura para la comunidad de animales en los alrededores de Trujillo, muy dura. Y como siempre, la escasez de recursos conllevó peleas entre animales de distinta especie, e incluso de la misma, cuando algún grupo encontraba un pequeño rincón próspero donde asentarse, un rincón en el que no cabían todos y del que



se adueñaba el grupo o la especie más fuerte, no la que primero llegaba. La solidaridad de antaño dejó de existir. Para todos ellos, cada día era una lucha por la supervivencia.

Y entre todas las especies afectadas, las comunidades de hormigas eran de las que más sufrían estas duras condiciones. Como eran seres pequeños, se trasladaban muy lentamente de residencia, y llegaban más tarde que cualquiera otra especie a los nuevos asentamientos. Por eso, cuando llegaban las mejores tierras estaban ocupadas por los topos, por los escarabajos, por los ciempiés o por las grandes hormigas voladoras que habían llegado muchos días antes. En estos días de ventaja habían hecho acopio de los mejores granos, y a las pobres hormigas le quedaba el peor alimento, y el más lejano. Incluso después de mucho trabajar trasladando granos desde grandes distancias, otras especies asaltaban sus graneros y les robaban las provisiones.

Kron era el jefe de uno de estos hormigueros que luchaban por la supervivencia día a día. Era jefe desde que el Gran Hormiguero de la Cañada se tuvo que fraccionar al comienzo de las emigraciones. Kron recordaría siempre aquella tarde, a principios del otoño, cuando el Gran Jefe Kim reunió a los Jefes de Galerías para comunicarles lo que todos ya sabían: era imposible continuar en la cañada porque no se podría sobrevivir mucho más tiempo en aquellas duras condiciones, sin apenas alimentos en los graneros, sin agua, y con los humanos ocupando las cercanías, restando terreno al libre albedrío de los animales. Tan imposible era continuar allí como marchar todos juntos en busca de otro acomodo, pues el gran tamaño del hormiguero haría difícil cualquier travesía conjunta. Ese gran tamaño que siempre fue un orgullo para todos los miembros del Gran Hormiguero de la Cañada resultó ser un gran-

dísimo problema a la hora de partir. De ahí que Kim, el Gran Jefe, propusiera a los Jefes de Galerías que cada uno de ellos se pusiera al frente de los miembros de sus propias galerías, y que partieran con rumbos distintos para evitar la liquidación de la gran comunidad. Todos se miraron en silencio y con angustia. Les entristecía la separación, pero sabían tan bien como el Gran Jefe que era la mejor alternativa que podrían tomar. El Gran Jefe pidió opiniones, pero nadie ofreció una idea mejor. Así, decidieron que a la llegada del cuarto sol a contar desde aquella tarde partirían los miembros de las ocho galerías con rumbos distintos, y únicamente permanecerían en el Gran Hormiguero los ancianos o los enfermos, quienes sin duda no soportarían la dura travesía que esperaba. Kim se ofreció voluntario para quedarse, pues por su edad tampoco se atrevía a partir, encargándose de administrar la poca cantidad de granos que quedaban. Con lágrimas en los ojos dijo a los demás que tampoco convenía abandonar el hogar de tantas generaciones de hormigas, por si venían tiempos mejores y alguna vez las ocho galerías tenían ocasión de regresar y juntarse nuevamente. Los valerosos Jefes de Galerías tampoco pudieron evitar las lágrimas, pues aunque era una idea feliz la del regreso en un lejano futuro, sabían que posiblemente no volverían a encontrarse.

Así, antes de la tercera salida del sol desde aquella triste tarde, cuando la mañana comenzaba a clarear, los miembros de las ocho galerías salieron del Gran Hormiguero mandadas por cada uno de sus ocho Jefes, y se pusieron en grandes filas. Los Jefes se despidieron de Kim y de los demás que se quedaban con él. Después se despidieron entre ellos, y al asomar el primer rayo de sol se pusieron en camino, como era lo acordado, tomando ocho direcciones diferentes de la rosa de los vientos. Mientras se tuvieron a la vista, se despedían unos de otros hasta que

la distancia entre ellos hizo imposible distinguir las señales y los gestos. Después, ya nadie miró atrás.

Kron avanzó con su comuna en dirección a la bajada de aguas de la cañada, según la ruta que se le asignó. Aprovechaban el viejo cauce, seco desde hacía tiempo. Mandó delante a cincuenta exploradores con la orden de que volviese alguno de vez en cuando para informarle de los terrenos que encontraban. En los primeros días las noticias fueron las mismas: muchas piedras, mucha arena, tierra muy seca y ni rastro de granos ni cosa comestible. Cada vez que a la puesta de sol Kron ordenaba detenerse a la gran comitiva se encontraba con las mismas caras de todos sus congéneres, caras de miedo y de tristeza, de cansancio, de hambre y de sed... Al pasar los días hubo quien le reprochó la idea de abandonar el Gran Hormiguero, pues para encontrar en tierras desconocidas un mal final hubiera resultado mejor no partir. Y de tanto oírlo, Kron a veces pensó lo mismo.

Arrastrados por la necesidad de establecerse, en algunas ocasiones intentaron excavar galerías en lugares que aunque no eran buenos para asentamientos al menos tenían mejor aspecto que los terrenos circundantes, pero la dureza del terreno impedía las obras de los zapadores que apenas si lograban hacer pequeños agujeros donde no cabían sus cuerpos después de muchos esfuerzos por taladrar la tierra.

Un día un explorador volvió hacia Kron con la noticia de que habían encontrado en su misma ruta a una hormiga voladora herida. Las hormigas voladoras no eran muy queridas, pues por su facilidad de desplazamiento ocupaban los mejores asentamientos, acaparaban todo el grano posible aunque no lo fueran a comer, y roba-



ban a las comitivas de emigrantes las provisiones que portaban sin que hubiera forma de perseguirlas. No obstante, Kron dio orden de no hacer daño a la hormiga herida. Llegaron un poco más tarde hasta donde ésta se encontraba, y observaron su ala derecha casi desprendida del tórax, mientras ella se retorció de dolor. Resultó que en pleno vuelo chocó contra un junco reseco y cayó al suelo, y aunque los demás observaron el accidente, nadie se volvió para ayudarla. Kron pidió a Merko, el curandero de la comuna, que intentara poner el ala en su sitio. Merko le explicó que él jamás había curado a una hormiga voladora, pues en el Gran Hormiguero no había ninguna que tuviera alas. Pero a pesar de ello, aplicó a la herida el mismo unguento que usaba cuando a los suyos se le desprendía el caparazón, o se dislocaban alguna pata. Le apretó encima un fuerte vendaje, y los hormigones forzudos se la llevaron auestas. Al día siguiente la voladora ya podía valerse por sí misma. Pasados otros dos días el curandero le retiró el vendaje, y ¡oh, sorpresa!, el ala estaba soldada nuevamente al tórax. Se le recomendó no usarla todavía, hasta tener la seguridad de que no se desprendería. La hormiga fue ejercitando el ala poco a poco, hasta que consiguió elevarse brevemente, repitiendo la operación intentando aguantar más tiempo en el aire. Cuando le pareció que estaba en condiciones de volar, avisó a Kron. Se subió a una pequeña roca, y desde allí despegó. Al principio voló indecisa y titubeante, aterrizando forzosamente por dos veces, pero se remontó, alcanzó altura, y se perdió de la vista de todos ellos, quienes la miraron a lo lejos con sana envidia y alegría por su recuperación.

Al igual que los demás, Kron pensó que no la volverían a ver, pues las hormigas voladoras eran más egoístas, desagradecidas y orgullosas que ninguna otra especie de hormigas, a excepción de las hormigas-soldado. Pasaron dos días desde su mar-

cha cuando alguien dijo a Kron que se aproximaba por el horizonte una voladora, que resultó ser ella. Al llegar a tierra le dijo a Kron que no había olvidado los cuidados que se le prestaron, y que en agradecimiento a ello había estado sobrevolando los alrededores del cauce seco. Informó que, aunque siguieran bajando durante días y días, no encontrarían lugar adecuado para asentarse, y que en cambio, si se salían del cauce en dirección al poniente, pasados tres soles darían con un terreno fértil, arcilloso y húmedo, rodeado de charcas, y con mucha vegetación.

Toda la comuna se alegró muchísimo con aquellas noticias, y Kron más que ninguno pues cada día se sentía más responsable de la dura y larga travesía que estaban realizando. Tanta fue la alegría y el deseo de llegar a aquellas buenas tierras que al caer el segundo sol ya habían entrado en ellas, mucho antes de lo previsto.

Hicieron noche en un campamento provisional, y al día siguiente, muy de mañana, Kron organizó varias expediciones de exploradores que tomaron distintas direcciones con la intención de que, comparando los terrenos visitados, se eligiera el mejor asentamiento posible. Al mediodía comenzaron a regresar las expediciones, y la información que traían era coincidente: la zona era tan próspera y fértil que cualquier sitio podría ser bueno para un asentamiento, sin miedo a que vinieran más expediciones de hormigas o de otra especie distinta, pues había buen terreno de sobra para todos. No obstante, a Kron le agradaron las noticias de un lugar próximo a una de las charcas, donde el terreno era arcilloso, lo que permitiría excavar con facilidad las galerías y los graneros. Así, al caer la tarde toda la comuna llegó al terreno elegido, y a gusto de todos comenzaron a asentarse.

Kron organizó varias brigadas de zapadores, que comenzaron a excavar las galerías. Las hileras de hormigas porteadoras sacaban al exterior la tierra que los zapadores iban arrancando conforme avanzaban por el subsuelo. Y ya en el exterior, hasta los miembros más pequeños esparcían los terrones por los alrededores de las entradas para que no estorbaran el paso.

Kron ordenó que se abriera un granero provisional, para depositar los pocos alimentos que aún traían del largo viaje. Depositaron los víveres, y cuando terminaba el día todos buscaron acomodo en las galerías recién abiertas para descansar antes de terminar las obras del Gran Hormiguero de la Charca, como se llamaría aquella nueva colonia en adelante.

Kron se acomodó en una de las galerías, junto a su familia. Disfrutó aquella noche con el olor a arcilla fresca que desprendían las paredes de las galerías, y disfrutó con el buen humor y la alegría de toda la comuna, por haber encontrado un lugar tan agradable. Disfrutó con todo aquello, pero se le disipó la alegría al pensar en el destino que habrían alcanzado las otras siete galerías que partieron la misma mañana del Gran Hormiguero de la Cañada. Sabía de sobra que sería difícil que hubieran tenido tanta suerte como ellos: la mayoría quizá no hubiera encontrado buen asentamiento, algunos habrían tenido que huir cada cual por su lado ante los ataques de hormigas-soldado o de grandes escarabajos, o aplastados por las máquinas de los humanos, otros sin duda habrían regresado derrotados al Gran Hormiguero en número mucho menor al de la partida... Dio gracias al Sol por el asentamiento que estrenaban, y decidió entonces que le pediría a la hormiga voladora un último favor.

Al día siguiente se reanudaron las obras nada más divisarse el primer rayo de luz. La tierra blanda permitía abrir las galerías sin apenas esfuerzo. Se trazaron grandes corredores, anchas cámaras, extensos graneros, se hicieron hermosas entradas, se excavaron largas galerías de seguridad, como inmensos laberintos subterráneos, para casos de invasiones o de emergencia, que tenían la salida oculta a gran distancia de las entradas principales.

Mientras tanto, varias expediciones de buscadores de grano y de porteadores partieron hacia los alrededores, y a mediodía regresaron cargados y contentos por la abundancia de alimentos que encontraban sin apenas dificultad.

Kron organizó el reparto de galerías, de graneros y de aposentos para todos, y al igual que hizo Kim mucho tiempo atrás, se encargó de nombrar a cuatro Jefes de Galerías de entre los miembros más capaces y más responsables de la comuna, que aceptaron los cargos con gran satisfacción.

Las obras del Gran Hormiguero finalizaron en pocos días, y los graneros se llenaron por completo. Se abrieron nuevos graneros de reserva, y volvieron a llenarse. No había temor a desabastecimiento y a hambre en mucho tiempo.

En la siguiente visita de cortesía que la hormiga voladora hizo al Gran Hormiguero después del asentamiento, Kron le pidió el favor que hacía días había pensado. Le pidió que intentara volver por los pasos de la expedición hasta el Gran Hormiguero de la Cañada, para informar a los que se quedaron de la existencia y situación del nuevo hogar, con la intención de que pudieran reunirse con ellos en aquellas

nuevas tierras. Le pidió también que intentara informarse de la suerte de las demás galerías. La hormiga voladora obedeció de buena gana a Kron, y partió en un amanecer para cumplir su misión lo mejor posible.

Mientras regresaba, Kron ordenó rastrear los alrededores en los días siguientes, para tener información sobre los peligros que podrían existir para la seguridad del Gran Hormiguero. Una vez reunidos los exploradores con él y con los cuatro Jefes de Galerías, tuvo conocimiento de que no existían grandes peligros en la zona, sobre todo no existía el gran peligro de la cercanía de los humanos. Aunque estaban cerca de una de las muchas charcas que rodeaban el territorio, el asentamiento estaba por encima del nivel más alto que nunca habían alcanzado las aguas, por lo que no había peligro de inundación. Existían varios hormigueros en las proximidades, aunque estaban tan distantes entre sí que no existía el menor peligro de rivalidad por alimentos o por terrenos. Animales grandes había muchos, pero cada cual tenía su casa y sus alimentos, respetándose unos a otros. Todo esto tranquilizó el ánimo de todos, aunque Kron se inquietó con la noticia dejada caer por alguno de sus exploradores que en conversaciones con otros exploradores de hormigueros próximos había oído que los humanos se habían visto últimamente por los alrededores. Sabía Kron que de todos los peligros que pudieran caer sobre el hormiguero ninguno era comparable al de los humanos, contra ellos no se podía luchar, no había nada que hacer, eran imprevisibles, implacables, indestructibles y crueles.

Los días pasaron, y en la caída de una tarde, cuando todos los miembros de la comuna descansaban o correteaban en las entradas del Gran Hormiguero, volvió la



hormiga voladora. Se formó un gran revuelo y expectación alrededor de ella cuando aterrizó, cansada y sucia. Respiraba fatigosamente en medio de todos, sin poder contestar todavía a las preguntas que con insistencia le hacían sobre cómo se encontraba el Gran Hormiguero. Kron se hizo paso entre la multitud, y ordenó que dejaran descansar a la hormiga voladora. Mandó traer néctar para que recuperara fuerzas, mientras le vaciaban las gotas de agua de una hoja sobre su cuerpo para quitarle la tierra que traía encima. La voladora recuperó poco a poco sus fuerzas. Explicó que tenía que haber descansado durante la noche para volver a la mañana siguiente, pero que los caminos y los cielos estaban muy peligrosos y por ello se esforzó por regresar cuanto antes. Entonces Kron hizo la pregunta que la gran mayoría le había hecho antes. La hormiga voladora, con gran seriedad, contestó:

-El Gran Hormiguero de la Cañada no existe ya...

El silencio más profundo se adueñó del hormiguero. Kron y los demás jefes se miraron con tristeza, igual que el resto de los miembros, grandes y pequeños, ancianos y niños. Con un nudo en la garganta y con miedo a las respuestas, Kron preguntó:

¿Y las demás galerías?

La hormiga voladora no tenía ganas de responder. Estaba triste y abatida. Levantó la cabeza poco a poco, y miró a Kron con resignación:

-Ha habido de todo...

Kron y los demás entendieron la magnitud de la tragedia que se escondía tras aquella corta contestación. La hormiga voladora cayó al suelo agotada, y Kron ordenó que la llevaran a una cámara fresca para que se recuperara. Se formaron pequeños corros de conversación, con cortas palabras envueltas en una gran tristeza. En el interior de todos ellos había una mezcla de amargura por el destino de los demás con una mínima satisfacción por la suerte que ellos habían tenido. Sin duda alguna hubieran deseado que la suerte se hubiera repartido, hubieran cambiado de buena gana su buen asentamiento por otro mucho peor con tal de que los demás también encontraran acomodo digno.

Cuando la oscuridad comenzó a reinar se recogieron en sus galerías, a excepción de los miembros que hacían guardia en todas las entradas. Aquella fue una triste noche para todos ellos, que en sus ánimos tuvieron muy presentes a los miembros del Gran Hormiguero de la Cañada que nunca jamás volvería a existir.

La vida siguió y la mañana llegó. La actividad se reanudó poco a poco. Kron se reunió con los demás Jefes de Galerías, y esperó a que la hormiga voladora saliera de su cámara. No se hizo esperar mucho. Se metió en el corro de los Jefes, y Kron le pidió detalles de lo visto y oído. Efectivamente, el Gran Hormiguero había desaparecido, las máquinas de los humanos lo hicieron desaparecer como a gran parte del cauce seco que allí existió. Grandes cantidades de tierra, como inmensas montañas, rodeaban aquel lugar, sin duda con motivo de alguna construcción que todavía no se percibía. Sobrevoló los alrededores en todas direcciones durante varios días y de las informaciones que pudo obtener de otras hormigas voladoras de su propia especie, se enteró de que varias

expediciones que partieron del mismo sitio acabaron reducidas a muy pocos miembros, quizás menos de cien, después de atravesar tierras secas y esquilgadas durante días y días. Algunas de éstas desaparecieron agotadas cuando volvían por sus pasos al Gran Hormiguero, derrotadas y exhaustas. De otra galería había noticias de que al verse muy reducida, desesperados y hambrientos sus miembros, se habían dedicado al bandidaje, asaltando a pequeñas emigraciones de congéneres para robarles los pocos alimentos que portaban. Otra expedición se decidió a cruzar un Gran Camino de los humanos, con motivo, sin duda, de la necesidad de buscar hogar y comida, y resultó que al otro lado de la carretera solo llegaron vivos unos cuarenta miembros, incapaces de escapar de los Grandes Círculos, aquellas ruedas asesinas de los vehículos humanos. Al final resultó que únicamente se desconocía el destino de dos de las siete galerías, una de las cuales había tomado un rumbo contrario al de ellos, y otra había partido en una dirección similar.

La hormiga voladora terminó de dar las explicaciones ante la atenta mirada de los Jefes, que escuchaban silenciosos y tristes las noticias de tanta tragedia junta. Después, manifestó su deseo de volver a su hormiguero, dos días de vuelo hacia el levante, no sin antes manifestar su intención de hacerles una nueva visita tan pronto como pudiera.

Kron y los demás la despidieron con afecto, y le desearon un feliz regreso a su hogar, junto a los suyos. Volvieron todos nuevamente a sus ocupaciones, con la débil esperanza instalada en sus corazones de que al menos pudieran encontrarse con alguna de las dos galerías cuyo destino ignoraban.

Las tareas habituales continuaron en los días siguientes. Kron se dedicó, junto a los Jefes de Galerías, a visitar a las comunidades de hormigas vecinas, presentando sus respetos a los jefes, y ofreciéndoles colaboración y ayuda en caso de necesidad. La misma disposición y solidaridad encontró en los demás, responsables de pacíficas comunidades que únicamente deseaban vivir en armonía. Decidieron constituir un Consejo de Hormigueros, formado por todos los jefes de cada uno de ellos que se reunirían en un montículo que se elevaba sobre un terreguero próximo, desde el que se divisaban todos los hormigueros vecinos. La reunión se celebraría a la caída de cada diez soles, o cuando se produjera algún acontecimiento digno de ser tenido en cuenta por su peligro o consecuencias. Decidieron igualmente que darían todas las facilidades y ayudas a los hormigueros nómadas que vinieran buscando asentamiento estable en aquellas tierras, pues ninguno de ellos había olvidado las calamidades pasadas en las largas travesías que habían padecido.

Kron, satisfecho, regresó al hormiguero en alegre conversación con sus Jefes. No obstante, le preocupaba algo que uno de los jefes de otro hormiguero próximo comentó en la reunión que tuvieron: los humanos se estaban viendo últimamente con bastante frecuencia por los alrededores, con sus grandes y rugientes máquinas. Los humanos, los humanos... Kron sabía que ellos eran los grandes enemigos de su especie, y de otras muchas especies, y de las charcas, y de los árboles, y de la hierba, y de las entrañas del suelo... Eran los grandes enemigos cuando ignoraban a los demás habitantes de la tierra.

La vida continuó en el Gran Hormiguero sin grandes sobresaltos, hasta que una mañana, cuando el sol apenas despuntaba por el horizonte, la tierra tembló, el cielo se llenó de polvo, y un ruido espantoso inundó las galerías, cámaras y corredores del hormiguero. Sus entradas comenzaron a llenarse de inquilinos, que salieron del interior alarmados y temerosos de lo que estaba sucediendo. Kron y sus jefes hacía rato que desde un pequeño montículo observaban la causa de aquel cataclismo. Observaban y temían lo que veían: un enorme vehículo de los humanos, con grandes ruedas de goma, había llegado hasta el borde de la charca próxima; de su interior bajaron dos hombres, que metieron una larga manguera en el vientre del agua, y el motor del vehículo comenzó a rugir con más fuerza aún. Kron observaba atónito cómo el nivel del agua bajaba y bajaba misteriosamente, sin sospechar todavía que el agua que le iba faltando a la charca se metía de manera invisible en la barriga del gran cilindro que descansaba en el lomo del camión.

Cuando la charca había quedado a la mitad, el ruido del motor se hizo menos intenso. Los hombres recogieron la manguera, y una vez que subieron al vehículo, éste partió nuevamente haciendo temblar la tierra a su paso. Afortunadamente, las grandes ruedas pasaron a cierta distancia del hormiguero, pero el agua que rebosaba de la cisterna corrió ladera abajo buscando nuevamente la charca, y un regatillo pasó justamente por las entradas del hormiguero, colándose dañinamente por corredores y galerías, tan de repente que algunas hormigas no pudieron evitar ser arrastradas por el torrente.



La tierra seca embebió con rapidez el agua, y las galerías de desagüe cumplieron perfectamente su labor antes de que el líquido inundara los graneros, o llegara a las cámaras de los huevos y a las larvas. A lo largo del día se repararon los desperfectos más importantes, pero la comunidad de hormigas perdió desde aquellos momentos la tranquilidad de la que habían gozado desde que llegaron al lugar.

Kron, pensativo y disgustado, se encontró de repente frente al enemigo que más temía. Para contrastar opiniones, se acercó a los hormigueros vecinos, donde ya le esperaban el resto de jefes. Entonces supo que uno de los hormigueros próximos había sufrido la desgracia de verse aplastado por las grandes ruedas del camión que se llevó en sus entrañas media charca. Las frágiles galerías cedieron sin oponer resistencia alguna al enorme peso de aquel mastodonte. Los trabajos de recuperación eran inútiles: no quedaba ni rastro del hormiguero, y la tierra estaba tan aplastada que nada podría salvarse de su interior. Kron supo de los demás que últimamente las máquinas estaban todos los días rondando por las cercanías del lugar, desde muy temprano. Había muchas, y una vez que subió al montículo de las reuniones, pudo verlas él mismo: removían tierra a lo lejos, arrancaban árboles, hacían rodar grandes piedras, todo en medio de nubes de polvo y lejano rugir de motores.

Los jefes decidieron organizar una expedición para ver sobre el terreno los destrozos y a los monstruos que los hacían. Uno de ellos afirmó que tenía noticias de que por la noche las máquinas dormían, por lo que era conveniente llegar cuando el sol había caído. Estimaban que había como un día de camino, por lo que la expedi-

ción habría de partir por la mañana, para llegar al lugar por la tarde. Partirían diez exploradores de cada hormiguero, ciento diez en total, y a la mañana siguiente regresarían con toda la información que hubieran podido obtener.

Al volver al Gran Hormiguero, Kron designó a sus diez exploradores, y les ordenó que estuvieran preparados para partir tan pronto como hubiera claridad. Les pidió que observaran bien a aquellos monstruos que tanto ruido y tanto destrozo hacían, pues a buen seguro que cuando llegasen ya estarían dormidos.

La expedición partió al día siguiente, muy temprano. Los jefes esperaron las noticias impacientes, mientras los voluntarios intentaban encontrar al menos el lugar donde quedó enterrado el pequeño hormiguero al que sepultó la rueda del camión. Los trabajos fueron inútiles, pues aquella colonia había aprovechado un montículo poroso para hacer el hormiguero, y la tierra cedió como espuma ante el paso del mastodonte.

Al día siguiente por la tarde llegaron los exploradores cubiertos de polvo y vencidos por el cansancio. Los jefes, expectantes, esperaban sus noticias. Hablaron todos atropelladamente, dando novedades y abriendo mucho los ojos, y estirando las patas cuando explicaban las gigantescas dimensiones de las máquinas de los humanos. Hablaban asustados y entrecortados. Los jefes escuchaban silenciosos, y se miraban entre sí. Decidieron escuchar cada uno a sus exploradores, y al día siguiente volverían a reunirse.

Kron interrogó a los suyos. Supo que había muchas máquinas, al menos catorce, todas enormes y dañinas, cada una con una forma diferente. Estaban apla-

nando una gran zona, quedándola limpia de árboles, de hierbas y de animales. Habían destrozado cientos de hormigueros, de madrigueras, de nidos... Y lo peor era que iban extendiendo la destrucción a más terreno. Kron preguntaba impacientemente, siendo contestado cada vez por un explorador distinto:

-¿Están vivas de noche las grandes máquinas?

-Parece que duermen, no se mueven ni respiran, ni hacen ruido...

-¿Hay humanos cerca de ellas cuando duermen?

-No, los humanos se alejan cuando se pone el sol.

-¿Son blandas las grandes máquinas?

-No, no. No parecen tener partes blandas. No podríamos abarcar con nuestras mandíbulas ninguna parte de ellas.

-¿Se puede trepar por ellas?

-Se puede subir por sus grandes ruedas, pero más arriba hay superficies muy lisas por las que es muy difícil trepar. Además, tienen líquidos malignos, negros y viscosos. Varios exploradores de otros hormigueros quedaron sumergidos en ellos y no pudieron salir.

-¿Se les puede atacar por algún lado?

-No, son invencibles...



Kron se quedó pensativo y temeroso con la última respuesta: "son invencibles..." No podía ser de otra forma, si los humanos eran invencibles, también los serían sus máquinas.

Al día siguiente, a la caída de la tarde, se reunieron nuevamente los jefes de los hormigueros en el lugar de costumbre. ¿Qué hacer contra aquel peligro cercano, que se aproximaba hacia los hormigueros día a día? ¿Cómo parar a aquellas máquinas destructoras? Las preguntas se las hacían unos a otros, pero nadie tenía respuesta para ellas. Después de una larga conversación llegaron a la conclusión de que había que parar a las máquinas como fuera, aunque esa tarea no podrían hacerla solamente las hormigas. Reconocían que a pesar de su gran número, sus fuerzas eran muy limitadas para aquella empresa, y tendrían que contar con el apoyo de otras muchas especies, grandes y pequeñas. Al fin y al cabo, todas las que vivían en las proximidades de las charcas estaban amenazadas, el peligro era común.

Así pues, como no había tiempo que perder, dispusieron que al día siguiente partiría otra cuadrilla de exploradores hacia las máquinas, pero al contrario que la visita anterior, deberían observarlas atentamente de día, cuando estaban en movimiento, cuando rugían y arrancaban árboles, cuando removían grandes cantidades de tierra. Debían observar sus costumbres, su forma de actuar, cómo respiraban y cómo se alimentaban, para ver si tenían algún punto débil, si se les podría atacar de alguna forma.

Al mismo tiempo, los jefes de los hormigueros se dispondrían a solicitar de las demás especies de las charcas su colaboración para detener a los humanos y a sus máquinas.

Así se hizo. Partió una nueva expedición con rumbo al peligro, que tardaría varios días en volver, y al mismo tiempo se iniciaron las conversaciones con las demás especies vecinas.

Los jefes fueron hablando con los demás animales con los que se veían a diario, y todos coincidían en que el peligro cada vez estaba más próximo. Bien es cierto que no afectaba a todos por igual, pues los animales más grandes tenían más posibilidades de ponerse a salvo, con sus grandes saltos o con sus carreras, pero no era menos cierto que ninguno, grande o pequeño, deseaba abandonar aquel lugar tan bello y tranquilo. Las fuerzas de todos se unirían con el único fin de detener la destrucción que hacían los humanos. Todos los animales estaban de acuerdo con este fin, aunque sabían de sobra que sería una lucha difícil.

Volvieron los exploradores al cabo de varios días, y expusieron a sus jefes todos los detalles de sus atentas observaciones, de manera que éstos conocieron a fondo el comportamiento de los invasores de sus tierras.

Así, supieron que las máquinas no comían, pero bebían unos líquidos rosados contenidos en grandes bidones. Respiraban humo negro por unas grandes chimeneas, y sus tripas rugían cuando estaban en movimiento. Los humanos las dirigían desde sus puestos de mando, pisando pedales y moviendo palancas y volantes. El entendimiento entre la máquina y el conductor parecía perfecto, con movimientos justos y sincronizados dirigidos a un único fin: la destrucción del lugar.

Explorando a fondo el vientre de las máquinas, vieron piezas más blandas que otras, y aunque seres tan pequeños como las hormigas no podrían inutilizar siquiera aquellas piezas, creían que los roedores sí podrían.

A la vista de aquella información, Kron propuso a los demás jefes que había que atacar a las máquinas sin perder tiempo, y que el ataque tendrían que realizarlo de noche, mientras dormían, intentando inutilizarlas entonces. Descartaba atacar también a los humanos, porque éstos tenían muchos medios de defensa. Todos estuvieron de acuerdo con la idea, por lo que avisaron aquella misma tarde al resto de las especies, que ya estaban alertadas, y a la mañana siguiente se puso en marcha un gran ejército formado por doscientas mil hormigas, cuarenta topos, doscientas libélulas, cien ratas, cincuenta gorriones, cuatro enjambres de abejas, treinta ardillas, cuatro ciervos, ochenta grillos, cinco cigüeñas, y un sinfín de animales pequeños y grandes. Se dirigieron a las proximidades de la gran explanada que estaban haciendo los humanos con sus máquinas, y quienes llegaron antes tomaron posiciones en los árboles que todavía quedaban en pie, encima de las rocas, entre el pasto, o en madrigueras abandonadas, esperando a que llegaran todos los demás. Al mismo tiempo aprovechaban para espiar al enemigo, sin llamar la atención, intentando captar detalles desapercibidos por los exploradores.

El resto de animales fue llegando, unos antes y otros después. Las últimas en hacerlo fueron las doscientas mil hormigas, que se acercaron formando grandes columnas, como pequeñas serpientes negras que avanzaban por la pradera.

La tarde fue cayendo, y desde sus escondites los animales veían cómo los humanos descendían de las grandes máquinas, se lavaban en los bidones de agua, y se marchaban en otras máquinas más pequeñas y veloces.

Nadie se movió todavía. Las grandes máquinas callaron cuando se fueron los humanos, y permanecieron quietas, alineadas unas junto a otras. Cuando el último rayo de sol abandonó el cielo, una cigüeña voló hacia las máquinas, y se posó sobre el toldo de una de ellas. Palmeteó ruidosamente con el pico varias veces, y entonces, a la señal convenida, todos los animales salieron de sus escondites y se aproximaron. Se abalanzaron sobre aquellas montañas de hierro que tanto daño estaban haciendo, y buscaron las partes vulnerables de que hablaron los exploradores.

Las ratas, las ardillas y los conejos comenzaron a roer los manguitos de goma y los tubos de plástico del motor, y una vez abiertos grandes boquetes, salieron de ellos líquidos calientes que se derramaban y empapaban el suelo. Los pájaros transportaron piedras, terrones y ramas en sus patas o en sus picos, y los dejaban caer en las chimeneas por donde respiraban las máquinas, hasta llenarlas por completo. Las hormigas, en grandes filas, dejaban caer sus pequeñas cargas en los depósitos de combustible, colándose por los pequeños respiraderos de los tapones. Los ciervos y jabalíes intentaban morder las grandes ruedas, sin conseguirlo, hasta que una vieja cierva descubrió casualmente una de las válvulas por donde se inflaban: la atenazó con su robusta mandíbula, tiró con fuerzas y un silbido espantoso salió de la gran rueda, mientras se vaciaba su interior. Los animales se alejaron asustados, y vieron cómo la máquina, al perder el equilibrio, caía de costado con gran estrépito. Una vez

que se repusieron del espanto, los animales mayores repitieron la acción con las válvulas de las demás ruedas, y otras cuatro máquinas también volcaron, levantando una gran polvareda con su caída.

Todos los animales hicieron lo que pudieron durante la noche para inutilizar aquellas máquinas destructoras. Cuando comenzó a clarear la mañana se retiraron a sus escondites, y desde allí, una vez que llegó el día, observaron la obra nocturna: las máquinas estaban peladas, sin toldos ni fundas, con el suelo mojado por sus líquidos como si se hubieran hecho pis. Estaban llenas de tierra y de piedras, con las ruedas vacías, caídas de costado cinco de ellas... Mientras tanto, llegaron los humanos al lugar, se bajaron a saltos de sus coches y se acercaron a las máquinas gritando, con las manos en sus cabezas.

Daban vueltas alrededor de los restos de las máquinas y se preguntaban unos a otros sobre quién o quiénes podrían haberlas inutilizado. Buscaron por los alrededores rastros de otros humanos, y sólo se encontraban con pájaros que se asustaban a su paso, o con conejos que se escondían asustados, a los que no hacían ni caso con la furia que llevaban. No veían restos de nadie.

Revisaron la huellas de los vehículos por si encontraban alguna que les fuera extraña, pero no había rastro sospechoso. Se miraban extrañados, sin comprender cómo podía haber sido inutilizada toda la maquinaria durante la noche sin que hubiera rastro de sus autores. Era evidente que aquella maquinaria no podría moverse en mucho tiempo, tal vez nunca más. Mientras, varios humanos se montaron en sus vehículos y se alejaron a toda prisa, mientras los demás continuaban dando vueltas por entre

las máquinas inutilizadas y por los alrededores. Se encontraban con muchos animales que huían de ellos a su paso, pero, vencidos por la cólera, no sospechaban ni remotamente que aquellos seres indefensos y asustadizos fueran los causantes del desastre.

A media mañana, los animales observaron con desencanto cómo se acercaban al lugar varios camiones de grandes dimensiones, cargados de maquinaria nueva. Cuando llegaron, los humanos las bajaron con grandes grúas y cargaron en su lugar los restos de las que estaban destrozadas. Con la misma prisa se alejaron los camiones entre grandes nubes de polvo, y a continuación comenzaron nuevamente a rugir varias máquinas relucientes, que trabajaban aún más deprisa que las viejas arrancando árboles y moviendo gran cantidad de tierra. Parecía que querían recuperar el tiempo perdido.

Los animales se miraban asustados y tristes. Terminó el día y la destrucción avanzó por la pradera. Los humanos se bajaron de sus máquinas, y se marcharon, aunque a diferencia de los días anteriores, se quedó uno de ellos para vigilar.

Las especies salieron de su escondite, y rápidamente tomaron la decisión de que tenían que volver a atacar a las máquinas, intentando burlar la vigilancia del guardián. Así, al llegar la oscuridad, se fueron acercando, y cada uno repitió con mucho cuidado las acciones del día anterior. El guardián daba grandes paseos por los alrededores con una gran linterna, lo que aprovechaban los animales para trabajar con rapidez. Se dejó para el final el ataque a las ruedas, y cuando trabajaron en ellas los ciervos y los jabalíes, el guardián se acercó corriendo al oír el agudo silbido del aire saliendo de los neumáticos, viéndose impotente para evitar que dos máquinas cayeran nuevamente de costado. Como loco, alumbró a todas partes con su linterna, pero sólo observó pája-

ros que remontaban el vuelo y conejos que buscaban escondite, a los que no creyó capaz de semejante sabotaje. Los animales percibieron el miedo del guardián, que a buen seguro pensaría que aquello era obra de espíritus o brujas.

El guardián, nervioso y desconfiado, subió rápidamente a su coche y se alejó del lugar como alma que lleva el diablo.

Los animales terminaron de quedar fuera de servicio a la nueva maquinaria.

Por la mañana, recién llegado el día llegaron también los humanos. Aunque venían avisados del nuevo desastre por el guardián miedoso, se repitieron las escenas de sorpresa de la mañana anterior. Volvieron a recorrer los alrededores, espantando animales a su paso. Nada, nadie... Se marcharon todos. A media mañana volvieron los camiones, pero esta vez llegaron vacíos. Las grúas montaron en sus lomos a las máquinas destrozadas, y se marcharon.

Los animales se reunieron a toda prisa, y decidieron esperar acontecimientos. Durante el día no ocurrió nada. La mañana del día siguiente llegó sin humanos. Cuando el sol ya estaba alto, se acercó al lugar un automóvil, y de él bajaron varios hombres que estuvieron tomando fotos del lugar, midiendo distancias, y recogiendo muestras de piedras y de tierra. Se alejaron. Pasó otro día sin novedades, y otro más. Al final, aunque desconfiando de la victoria, los animales decidieron regresar.

Al llegar, cada uno pidió cautela a los suyos antes de cantar victoria. La explanada era vigilada de lejos por muchos ojos, desde el cielo, desde la tierra y las rocas, y desde el agua. Pasaron varias jornadas sin novedades hasta que un buen día

las cigüeñas y las águilas dieron la voz de alarma: a la explanada se acercaron dos vehículos, de los que descendieron varios hombres. Mientras los animales se alertaban, los hombres esparcieron el combustible y los aceites de las máquinas por los alrededores, y prendieron fuego. Las llamas, débiles en un principio, fueron creciendo poco a poco, mientras los coches se alejaban a toda prisa.

La vigilia continua favoreció la reacción de la mayoría de las especies, pero el fuego era tan voraz y avanzaba tan rápido que a muchos animalillos no les dió tiempo de buscar refugio. Las hormigas descendieron rápidamente por las galerías, y taponaron las entradas, aunque las que se encontraban recolectando granos se vieron sorprendidas en la tarea. El fuego llegó a toda prisa, y se fue como vino. El pasto y las hierbas secas no oponían resistencia alguna a las llamas. El campo quedó rojizo primero y negro después. Los animales que sobrevivieron quedaron chamuscados, se perdieron muchos nidos y madrigueras, los granos y las bayas desaparecieron. La desolación en el lugar era total...

El fuego llegó y pasó, y muchos animales se fueron con él. Las labores de reconstrucción del entorno comenzaron al día siguiente. Suerte hubo de que pronto llegaron las lluvias, y la hierba creció frondosa y veloz. Los animales tardaron en recuperar su alegría. Estaba claro que los humanos se fueron del lugar, estaba claro porque se despidieron de aquella manera propia de humanos, quemándolo todo al desconocer de dónde vino la destrucción de sus máquinas.

Poco a poco, aquel escondido rincón de Extremadura fue pareciéndose al paraíso de siempre. Las charcas se llenaron de agua, y un verde manto cubrió el lugar.

Cuando todo recuperaba la normalidad, los animalillos chillaron un buen día asustados ante la llegada de varios vehículos al lugar. Nuevamente cundió el pánico. Se escondió quien pudo, y quien no pudo observó a varios hombres merodear por el lugar. Pincharon grandes carteles metálicos por el contorno y se fueron, sin hacer daño a nadie.

Los animales observaron curiosos y desconfiados a los carteles metálicos. No se movían ni hacían ruido, así un día y otro, hasta que se fueron acostumbrando a su quieta presencia. Las hormigas trepaban por ellos a diario. De haber sabido leer, los animales se hubieran tranquilizado desde que aquellos carteles rodeaban su hábitat, pues en ellos ponía lo siguiente:

